



ENSAYO

## Cómo empecé a escribir

*En 1987 Carlos Fuentes publicó en Granta un vívido ensayo autobiográfico, “The Discovery of Mexico”, que, con el título que empleamos aquí, reaparecería en Myself with Others, un volumen de 1989 que recoge diversas piezas escritas originalmente en inglés. Si bien algunos hechos descritos en estos párrafos se conocen por otras fuentes, no tenemos noticia de que el texto se haya publicado en español. Agradecemos a Silvia Lemus el permiso para reproducir aquí la tercera sección de este entrañable estudio de Fuentes sobre su juventud*

CARLOS FUENTES

Cuando finalmente llegué a México, descubrí que aquel imaginario país de mi padre era real, pero más fantástico que cualquier tierra de la imaginación. Era tan real como sus fronteras físicas y espirituales: México, la única frontera entre el mundo industrializado y el mundo en desarrollo; la frontera entre mi país y los Estados Unidos, pero también entre toda la América Latina y los Estados Unidos, y entre el Mediterráneo católico y las presiones protestantes anglosajonas en el Nuevo Mundo.

Fue con esa experiencia y esas inquietudes que me acerqué al oro y al fango de México, el país imaginario, imaginado, finalmente real, pero real sólo si lo veía desde una distancia que me asegurase, por el hecho mismo de la separación, que mi deseo de reunirme con él siempre sería apremiante, y real sólo si lo escribía. En cuanto alcancé una cierta perspectiva, por fin me sentí capaz de escribir unas cuantas novelas en las que podía hablar de las cicatrices de la revolución, las pesadillas del progreso y la perseverancia de los sueños.

Escribía con apremio porque mi ausencia se convirtió en un destino. No obstante, se trataba de un

destino compartido: el de mi propio cuerpo como hombre joven, el del viejo cuerpo de mi país y el problemático e insomne cuerpo de mi idioma. Tal vez conseguí identificar a los dos primeros sin mucho problema: México y yo mismo. Pero el idioma nos pertenecía a todos, a la vasta comunidad que escribe y habla y piensa en español. Y sin este idioma no podía darme realidad a mí mismo ni a mi tierra. Así, el idioma se convirtió en el centro de mi ser y en la posibilidad de forjar, con mi propio destino y el de mi país, un destino compartido.

Pero nada se comparte de manera abstracta. Al igual que el pan y el amor, el lenguaje y las ideas se comparten con seres humanos. Mi primer contacto con la literatura fue sentarme en las rodillas de Alfonso Reyes cuando él era embajador de México en Brasil a comienzos de los años treinta. Reyes había resucitado para nosotros a los clásicos españoles; había escrito libros espléndidos sobre Grecia; era el más lúcido pensador literario; de hecho, había traducido toda la cultura occidental a términos latinoamericanos. A finales de los años cuarenta, vivía en Cuernavaca, en una pequeña casa de color mamey. Me invitaba a pasar los fines de semana con él y, dado que yo tenía 18 años y era un trasnochador, le hacía compañía a partir de las once de la mañana, cuando don Alfonso se sentaba en un café y le lanzaba piropos a las muchachas que paseaban por la plaza, que entonces

era un jardín lleno de laureles y no, como es ahora, de cemento. No sé si el hombre colorado y fornido que se sentaba en la mesa de junto era un cónsul británico oprimido por la cercanía del volcán, pero si Reyes, que disfrutaba el espectáculo del mundo, citaba a Lope de Vega y a Garcilaso, nuestro vecino, bebedor de mezcal, respondía, sin mirarnos, citando las estrofas más sombrías de Marlowe y de John Donne. Después íbamos al cine para sumergirnos, como decía Reyes, en la épica contemporánea, y sólo hasta que llegaba la noche empezaba a regañarme: “¿Aún no has leído a Stendhal? Deberías saber que el mundo no se inventó hace cinco minutos.”

A veces me irritaba. Y yo leía, contra sus gustos clásicos, los libros más modernos y estridentes sin comprender que estaba aprendiendo la lección: no existe creación sin tradición, lo “nuevo” es una inflexión de una forma anterior, la novedad es siempre una variante del pasado. Borges dijo que Reyes había escrito la mejor prosa en español de nuestro tiempo. A mí, Reyes me enseñó que la cultura sonreía, que la tradición intelectual del mundo entero nos pertenecía por derecho propio y que la literatura mexicana era importante no porque fuera mexicana, sino porque era literatura.

Un día me levanté muy temprano (o quizá había llegado muy tarde de una parranda) y lo vi senta-

FAREWELL, CARLOS FUENTES



do a las cinco de la mañana, trabajando en su mesa, entre el aroma de las jacarandas y las bugambilias. Parecía un Buda diminuto, calvo y rosado, casi uno de esos duendes que reparan los zapatos durante la noche mientras la familia duerme. Le gustaba citar a Goethe: "Escribe en la madrugada, descrema el día, y luego puedes estudiar cristales, intrigar en la corte y hacerle el amor a tu cocinera." Reyes escribía en silencio y no sonreía. En cierto sentido, su mundo había terminado un día fúnebre de febrero de 1913, cuando su insurrecto padre, el general Bernardo Reyes, cayó bajo la metralla en el Zócalo de la Ciudad de México, y con él cayó lo que quedaba de la *belle époque*, la larga y cruenta paz porfiriana.

La sonrisa de Alfonso Reyes tenía cenizas en los labios. Él había escrito, como respuesta a la historia, el gran poema del exilio y el distanciamiento de México: el poema de una Ifigenia cruel, la Ifigenia mexicana del valle de Anáhuac:

Yo era otro, siendo el mismo:  
yo era el que quiere irse.

[...]

Volver es sollozar. No estoy arrepentido  
del ancho mundo. No soy yo quien vuelve,  
sino mis pies esclavos.

Mi padre se había quedado en Buenos Aires como encargado de negocios, con instrucciones de desaprobación las simpatías argentinas hacia el Eje. Mi madre aprovechó su ausencia para inscribirme en una escuela católica en la Ciudad de México. Los hermanos que dirigían esa institución se preocupaban por algo que a mí jamás me había pasado por la cabeza: el pecado. Al comienzo del año escolar uno de los hermanos se paraba ante la clase con un lirio blanco entre las manos y decía: "Éste es un joven católico antes de besar a una muchacha." Luego tiraba la flor al piso, bailaba una pequeña giga sobre ella, la recogía y confirmaba nuestras peores sospechas: "Éste es un muchacho católico después de..."

Bueno, todo eso volvió la vida muy tentadora. En retrospectiva, concuerdo con Luis Buñuel en que el sexo sin pecado es como un huevo sin sal. Los sacerdotes del Colegio Francés hicieron que el sexo nos pareciera irresistible; también convirtieron en izquierdistas a muchos de nosotros por sus constantes denuncias del liberalismo mexicano y, en especial, de Benito Juárez. Las tentaciones sexuales y políticas se volvieron muy grandes en una ciudad donde las costumbres provincianas y las agudas diferencias sociales hacían que fuera muy difícil tener relaciones sexuales normales con mujeres jóvenes o incluso mayores.

Todo ello condujo, como ya he dicho, a una postura de rebeldía que en mi caso cristalizó en la decisión de convertirme en escritor. Mi padre, que para entonces ya había regresado de Argentina, dijo con toda severidad: "De acuerdo, sé escritor, pero no a mis costillas." Me convertí en un joven periodista del semanario *Siempre!*, pero mi familia me presionó para que entrara a la escuela de derecho, pues de otro modo, en el desierto de la literatura mexicana, literalmente moriría de hambre y de sed. Me enviaron a que visitara a don Alfonso en su enorme casa-biblioteca, donde parecía más diminuto que nunca, instalado en un pequeño rincón que había reservado para su cama, entre los miles y miles de volúmenes apilados que hacían recordar las perspectivas de Piranesi. Me dijo: "México es un país muy formalista. Si no tienes un título no eres nadie. Un título es como el asa de un tarro; sin él, nadie te levantará. Debes convertirte en licenciado y entonces podrás hacer lo quieras, como hice yo."

Así que entré a la Escuela de Derecho de la Universidad Nacional donde, como me temía, las cosas solían aprenderse a fuerza de repeticiones. La incipiente explosión de la población estudiantil se veía agravada por maestros cínicos que dedicaban la hora entera de la clase a pasar lista a los doscientos alumnos de derecho civil, desde Aguilar hasta Zapata. Pero había excepciones grandiosas de profesores de verdad, que comprendían que el derecho es inseparable de la cultura, de la moral y de la justicia. En primerísimo lugar entre ellos se encontraban los exiliados de

la derrotada República española, que enriquecieron enormemente las universidades mexicanas, las casas editoriales, las artes y las ciencias. Don Manuel Pedrosa, antiguo rector de la Universidad de Sevilla, hizo que el estudio del derecho se volviera compatible con mis inclinaciones literarias. Cuando me quejaba amargamente del tedio y la aridez que implicaba el aprender de memoria los códigos penales o mercantiles, él replicaba: "Olvídate de los códigos. Lee a Dostoievski, lee a Balzac. Allí está todo lo que necesitas saber sobre derecho criminal o comercial." También me hizo ver que Stendhal tenía razón en que el mejor modelo para una novela bien estructurada es el código civil napoleónico. Descubrí, a final de cuentas, que la cultura consiste en relaciones, no en separaciones; especializarse es aislarse.

El sexo era otra historia, pero en ese entonces la Ciudad de México era una ciudad manejable con un millón de habitantes, hermosa en sus extremos de elegancia colonial y decimonónica y en la estridencia de su exuberante y peligrosa vida nocturna. Mis amigos y yo pasamos los últimos años de nuestra adolescencia y los primeros de nuestra vida adulta en una sucesión de cantinas, burdeles, antros nudistas y clubes nocturnos de oropel donde se cantaban boleros y se bailaban danzones; putas, mariachis y magos eran nuestros acompañantes mientras nos abríamos paso en las primeras lecturas de D. H. Lawrence y Aldous Huxley, James Joyce y André Gide, T. S. Eliot y Thomas Mann. Salvador Elizondo y yo éramos los aspirantes a escritores en ese grupo, y si bien es cierto que la semilla realista de *La región más transparente* fue sembrada en el curso de esa inmersión más bien sonambúlica en la espectral vida nocturna de la Ciudad de México, también es cierto que la cruel imaginación de un instante descrita en el *Farabeuf* de Elizondo tuvo el mismo trasfondo vivencial. Solíamos ir a un burdel extrañamente llamado El Buen Tono, elegir a una pobre muchacha que por lo general decía que se

llamaba Gladys y que venía de Guadalajara y meternos a nuestros respectivos cuartos. Una vez, se escuchó un grito horrible y Gladys de Guadalajara salió corriendo, llorando y escurriendo sangre. Elizondo, en el clímax del amor, le había hecho un corte en la axila con una hoja de afeitar.

Otra perspectiva, otra distancia para aproximarse, otra posibilidad de compartir un idioma. En 1950 me fui a Europa para hacer un posgrado en derecho internacional en la Universidad de Ginebra. Octavio Paz acababa de publicar dos libros que habían cambiado el rostro de la literatura mexicana: *Libertad bajo palabra* y *El laberinto de la soledad*. En México, mis amigos y yo habíamos leído ambos libros en voz alta, deslumbrados por una poética que lograba simultáneamente renovar nuestro idioma desde sus entrañas y vincularlo con el lenguaje del mundo.

A sus 36 años, Octavio Paz no era muy diferente de quien es hoy. Los escritores nacidos en 1914, como Paz y Julio Cortázar, sin duda firmaron un pacto fáustico en la boca misma de las trincheras del infierno; tantos poetas murieron en esa guerra que alguien tenía que tomar su lugar. Recuerdo a Paz en los llamados clubes existencialistas de la época, en París, discutiendo con el muy animado y bien parecido Albert Camus, quien alternaba la filosofía y el *boogie-woogie* en La Rose Rouge. Recuerdo a Paz enfrente de los amplios ventanales de una galería en la Place Vendôme en los que se reflejaba uno de los grandes cuadros que Max Ernst pintó en la posguerra: *Europa después de la lluvia*, y el perfil del pintor como un águila antigua, y me digo a mí mismo que la poética de Paz es un arte de civilizaciones, un movimiento de encuentros. Paz el poeta converge con Paz el pensador porque su poesía es una forma de pensamiento y su pensamiento es una forma de poesía, y lo que ocurre, como resultado de esa convergencia, es un encuentro de civilizaciones. Paz presenta a una y otra civilizaciones, las hace presentables antes de que sea demasiado tarde, porque detrás de la hermosa sonrisa de Camus, fija para siempre en la incongruencia de la muerte, detrás de la brillante erosión de la pintura de Max Ernst y los cristales de la Place Vendôme, Octavio y yo pudimos escuchar, cuando nos conocimos, la voz del “poeta Libra”, Ezra, lamentando la muerte de los mejores, “por una vieja perra, de dentadura podrida, por una civilización averiada”.

Octavio le ha ofrecido a las civilizaciones el espejo de su mortalidad, como lo hizo Paul Valéry, pero también el reflejo de su sobrevivencia en una epidemia de encuentros y aventuras eróticas. En la generosa amistad de Octavio Paz aprendí que no existen centros privilegiados de cultura, raza o política; que nada debe quedar fuera de la literatura, porque nuestra época es una época de mortíferos reduccionismos. La orfandad esencial de nuestro tiempo es vista en la poesía y el pensamiento de Paz como un reto que debe enfrentarse a través del renovado flujo del saber humano, de *todo* el saber humano. No hemos acabado de pensar, de imaginar, de actuar. Todavía es posible conocer el mundo; somos hombres y mujeres inacabados.

No estoy en el crucero:  
elegir  
es equivocarse.

Para mi generación en México, el problema no consistía en descubrir nuestra modernidad sino en descubrir nuestra tradición. Esta última era negada por la petrificada y comatosa enseñanza de los clásicos en las escuelas secundarias: uno tenía que revivir a Cervantes a pesar del sistema escolar fatalmente orientado hacia esa idea de que las universidades son como fábricas de salchichas, y a pesar de las grotescas formas del nacionalismo de esa época. Un profesor marxista me dijo una vez que era antimexicano leer a Kafka, un crítico fascista dijo lo mismo (éste ha sido el kafkiano destino de Kafka en todas partes) y un escritor mexicano más bien estéril dio una pomposa conferencia en Bellas Artes advirtiendo que los lectores que leían a Proust se *proustituirían*.

Para ser un escritor en México en los años cincuenta, había que coincidir con Alfonso Reyes y con Octavio Paz en la afirmación de que México no era una provincia aislada y virginal sino parte indudable de la raza humana y de su tradición cultural; que todos éramos, para bien o para mal, contemporáneos de todos los hombres y mujeres.

En Ginebra recobré mi perspectiva. Renté una buhardilla que daba a la hermosa y antigua plaza del Bourg-du-Four, fundado por Julio César como el Forum Boarium hace dos milenios. La plaza estaba llena de cafés y viejas librerías. Había muchachas que venían de todas partes del mundo; eran hermosas y eran independientes. Cuando uno las besaba no se convertía en un lirio mancillado. Teníamos sal en los labios. Nos amábamos mutuamente. Y también me encantaba ir a la pequeña isla donde el lago se encuentra con el río, para pasar largas horas leyendo. Dado que la isla se llamaba Jean-Jacques Rousseau me llevé mi volumen de las *Confesiones*. Muchas cosas cobraron sentido entonces. Una novela fue la transformación de la experiencia en historia. La épica moderna había sido la épica de la primera persona del singular, del yo, de san Agustín a Abelardo a Dante a Rousseau a Stendhal a Proust. Joyce *desjoyceó* la ficción: *Here comes everybody!* Pero HCE no salvó colectivamente al degradado ego de su desgaste, de su duda de sí mismo y, finalmente, de su autoolvido. Cuando Ulises dice que él es nadie, sabemos —y él sabe— que está disfrazado; cuando los personajes de Beckett proclaman su no-ser, sabemos que “el hecho es notorio”: ellos ya no se disfrazan. El hombre de Kafka ha sido olvidado; nadie puede recordar a K el agrimensur; finalmente, como Milan Kundera nos dice, nadie puede recordar Praga, Checoslovaquia, la historia.

Yo aún no sabía eso en aquella época en que pasaba horas y horas leyendo en la pequeña isla de Rousseau en la intersección del lago Ginebra y el río Ródano, allá por 1951. Pero vagamente sentía que había algo más allá del yo que hacía posible la idea de la personalidad humana si se exploraban los caminos más allá de ésta. Cervantes nos enseñó que un libro es un libro es un libro: Don Quijote no nos invita a la “realidad” sino a un acto de la imaginación donde todas las cosas son reales: los personajes son entidades psicológicas activas, pero también los arquetipos que anuncian y, siempre, las figuras de las que provienen, que eran inimaginables, impensables, como don Quijote, antes de que se convirtieran primero en personajes y después en arquetipos.

¿Podía yo, un mexicano que aún no había escrito su primer libro, sentado en una banca en una mañana de comienzos de primavera, mientras amainaba el bise, ese gélido viento que baja de los montes Jura, tener el coraje de explorar por mí mismo, con mi idioma, mi tradición, mis amigos e influencias, esa región que la figura literaria nos ofrecía considerar en la incertidumbre de su gestación? Cervantes lo había hecho en una situación cultural precisa: le dio existencia al mundo moderno al hacer que don Quijote abandonara la seguridad de su pueblo (un pueblo cuyo nombre, hay que recordarlo, ha sido olvidado) y se aventurara por los caminos, los caminos de la intemperie, de lo desconocido y lo diferente, para perder lo que ha leído y ganar lo que nosotros, los lectores, leemos en él.

La novela se aventura siempre por los caminos de don Quijote, parte de la seguridad de lo análogo a la aventura de lo diferente e incluso de lo desconocido. Ése era el camino que yo, a mi manera, quería recorrer. Leí a Rousseau, o las aventuras del Yo; a Joyce y a Faulkner, o las aventuras del Nosotros; a Cervantes, o las aventuras del Tú, al que él llama desocupado, amable lector: tú. Y leí, bajo una lluvia de fuego y a la luz del relámpago del entusiasmo, a Rimbaud. Su madre le preguntó de qué trataba cierto poema. Y él le contestó: “He querido decir lo que allí dice, literalmente y en todos los otros sentidos.” Esta afirmación de Rimbaud ha sido una regla inflexible para mí y para todos los que escribimos hoy; y el actual vigor de la literatura del mundo hispánico, al cual pertenezco, no es ajeno a esa manera en que Rimbaud veía la escritura: di lo que quieres decir, literalmente y en todos los otros sentidos.

Creo que en Suiza imaginé lo que algún día trataría de escribir, pero primero tenía que cumplir mi etapa como aprendiz. Sólo muchos años después pude escribir lo que entonces imaginé; sólo años después, cuando supe no sólo que tenía las herramientas para hacerlo, sino también —algo igualmente importante— cuando supe que, si no escribía, la muerte no lo haría por mí. Uno comienza a escribir para vivir. Uno acaba escribiendo para no morir. El amor es el matrimonio de ese deseo y ese temor. He deseado a las mujeres a las que he amado por ellas mismas, pero también porque sentía temor de mí mismo. ◀

Versión de Rafael Vargas.

## Más Carlos Fuentes en el Fondo



**LA REGIÓN MÁS TRANSPARENTE**

**CARLOS FUENTES**

CONMEMORATIVA 70 ANIVERSARIO DEL FCE  
1ª ed., 2006, 520 pp.  
968 16 7788 9  
\$285



**EL ESPEJO ENTERRADO**

*Reflexiones sobre España y América Latina*

**CARLOS FUENTES**

TEZONTLE  
2ª ed., 2008, 642 pp.  
978 968 16 8468 6  
\$1,040



**VIENDO VISIONES**

**CARLOS FUENTES**

ARTE UNIVERSAL  
2ª ed., 2006, 511 pp.  
968 16 7529 0  
\$1,000

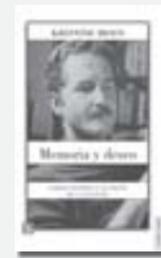


**CIENT AÑOS DE SOLEDAD Y UN HOMENAJE**

*Discursos de Gabriel García Márquez y Carlos Fuentes*

**GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ Y CARLOS FUENTES**

CENTZONTLE  
1ª ed., 2007, 39 pp.  
978 968 16 8513 3  
\$50



**MEMORIA Y DESEO**

*Carlos Fuentes y el pacto de la lectura*

**KRISTINE IBSEN**

TIERRA FIRME  
1ª ed., 2003, 240 pp.  
968 16 6868 5  
\$111



**CARLOS FUENTES**

*Territorios del tiempo: antología de entrevistas*

**JORGE F. HERNÁNDEZ**



**CRISTÓBAL NONATO**

**CARLOS FUENTES**

ENTRE VOCES  
1ª ed., 1997, disco compacto  
\$169.36

TIERRA FIRME  
1ª ed., 1999, 310 pp.  
968 16 5993 7  
\$10